

Uno

Me topé con Steve hace un par de días. Alucinó al verme. No nos habíamos visto desde hacía un montón de tiempo.

Yo estaba sentado en la playa, y él se acercó y me dijo:

—¿Rusty James?

—¿Qué hay? —le contesté yo, que no lo había reconocido a la primera.

Mi memoria anda un poco mal.

—Soy yo, Steve Hays.

Entonces me acordé y me sacudí la arena mientras me levantaba.

—¿Qué hay, hermano?

—¿Qué haces aquí? —siguió diciendo.

Me miraba como si no pudiera creerlo.

—Vivo aquí. ¿Y tú qué haces?

—Estoy de vacaciones. Voy a esta universidad.

—¿En serio? ¿Y para qué vas a la universidad?

—Cuando salga voy a dar clases. En una escuela, seguramente. ¡No lo puedo creer! Pensé que no volvería a verte nunca. Y menos aquí.

Supongo que los dos teníamos las mismas posibilidades de andar por allí, aunque estuviéramos muy lejos de donde nos habíamos visto la última vez. La gente se topa con cosas muy raras. Me preguntaba por qué no me alegraba de verlo.

—Así que vas a ser profesor, ¿eh?

Estaba claro; siempre andaba leyendo y esas cosas.

—¿Y tú qué haces? —me preguntó.

—Nada. Pasar el rato.

Pasar el rato es una profesión muy común por aquí. Puedes pintar, escribir, servir copas o pasar el rato. Una vez intenté servir copas y no me gustó.

—¡Dios mío, Rusty James! ¿Cuánto tiempo hace de aquello?

Lo pensé un momento

—Cinco o seis años.

Las matemáticas nunca han sido mi fuerte.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

Parecía que no podía evadir el tema.

—Cuando salí del reformatorio anduve dando vueltas con Alex, un amigo que conocí allí. Llevamos una temporada aquí.

—¿En serio?

Steve no había cambiado nada. Tenía casi el mismo aspecto, menos por el bigote, que lo hacía ver como muchachito invitado a una fiesta de disfraces. Pero ahora hay mucha banda que se deja el bigote. A mí nunca me ha gustado.

—¿Cuánto tiempo te pasaste allí dentro? —me preguntó—. Nunca me enteré. Ya sabes que nos fuimos de allí justo después.

—Cinco años.

No es que me acuerde mucho de eso. Ya dije que ando un poco mal de la memoria. Si alguien me da una pista, soy capaz de recordar las cosas. Pero si tengo que hacerlo solo, más bien no. A veces Alex dice algo que nos hace acordarnos del reformatorio, pero en general no habla de eso. A él tampoco le gusta recordarlo.

—Una vez me incomunicaron —le dije a Steve, porque parecía que estaba esperando algo.

Me miró un poco raro y dijo:

—Perdón, ¿qué dijiste?

Se había quedado mirando una cicatriz que tengo en el costado. Es como una raya blanca abultada. Nunca se broncea.

—Me la hicieron con una navaja en una pelea —le conté—. Hace un montón de tiempo.

—Ya lo sé. Yo estaba allí.

—Es verdad.

Me vino a la cabeza el recuerdo de la pelea. Fue como ver una película. Steve apartó los ojos un momento. Me di cuenta de que estaba intentando no fijarse en las otras cicatrices. No es que se noten mucho, pero tampoco es difícil verlas si uno sabe dónde mirar.

—¡Oye! —dijo de repente, como si estuviera tratando de cambiar de tema—, quiero que conozcas a mi chica. No lo va a creer. No te había visto desde que teníamos... ¿trece años?, ¿catorce? Aunque no sé —me echó una mirada que era medio en serio, medio en broma— si te metas con las chicas de los demás.

—No. Tengo una chica.

—O dos o tres.

—Sólo una —le contesté.

Me gustan las cosas sin complicaciones, y puedo jurar que una sola ya es bastante.

—¿Por qué no nos vemos para cenar en algún sitio? —me dijo—. Podemos hablar de los viejos tiempos. Me han pasado tantas cosas desde entonces, hermano...

Dejé que sacara a relucir aquella época y aquel sitio, aunque no me gusta hablar de los viejos tiempos. Ni siquiera me acuerdo de ellos.

10

—Rusty James... —repetía él— me pegaste un buen susto cuando te vi. Al principio... ¿sabes quién creí que eras?

Sentí que el estómago se me encogía como un puño, y el miedo de siempre empezó a subirme por la espalda.

—¿Sabes a quién te pareces?

—Claro —le dije, y lo recordé todo.

Me hubiera dado mucho gusto ver al viejo Steve, si no me hubiera hecho acordarme de todo.

Dos

Me estaba divirtiendo en Benny's jugando billar, cuando me enteré de que Biff Wilcox quería matarme.

Benny's era el antro de los chicos de la escuela secundaria. Los mayores solían ir por allí, pero cuando los más pequeños se colaron, se largaron a otra parte. Benny estaba muy enojado por eso. Los niños no tienen tanta plata para gastar. Pero no podía hacer mucho más que odiarlos. Un sitio se convierte en un antro, y punto.

Por allí andaban Steve y B. J. Jackson y El Ahumado, y unos cuantos amigos. Yo estaba jugando billar con El Ahumado. Seguramente iba ganando yo, porque la verdad es que jugaba bastante bien. El Ahumado estaba muy alterado, porque ya me debía plata. Se puso feliz cuando entró El Enano y me dijo:

—Biff anda buscándote, Rusty James.

Fallé el tiro.

—Pues yo no me escondo.

Me quedé allí, apoyado en mi taco; sabía muy bien que no iba a ser capaz de acabar la partida. No puedo pensar en dos cosas a la vez.

—Dice que te va a matar.

El Enano era un chico alto y flaco, más alto que cualquiera de nuestra edad. Por eso lo llamaban El Enano.

—Decirlo no es lo mismo que hacerlo —dije yo.

El Ahumado ya estaba guardando su taco.

—Biff es un tipo asqueroso —dijo.

—No es duro, desde luego. De todas formas, ¿por qué se encabronó?

—Por algo que le dijiste a Anita en la escuela —dijo El Enano.

—¡Bah! Pues no dije más que la verdad.

Les conté lo que le había dicho a Anita. B. J. y El Ahumado me dieron la razón. Steve y El Enano se pusieron rojos.

—¡Mierda! —dije—. ¿Por qué se enoja por una cosa así?

Me fastidia que la gente quiera matarme por una estupidez. Si es por algo importante, ya no me preocupa tanto.

Me acerqué a la barra y pedí una malteada de chocolate. Siempre tomaba malteadas de chocolate en vez de Coca-Cola o algo parecido. Esas porquerías te deshacen por dentro. Eso me dio un poco de tiempo para pensar las cosas. Benny estaba ocupadísimo con un sándwich, y me dejó muy claro que no iba a abandonar lo que estaba haciendo para ocuparse de mi malteada.

—¿Y entonces qué piensa hacer? Quiero decir, para matarme.

Me senté en un gabinete de una mesa, y El Enano se sentó en el otro y se deslizó hasta quedar enfrente de mí. Los demás se amontonaron alrededor.

—Quiere que se vean en el terreno baldío que está detrás de la tienda de mascotas.

—Muy bien. Supongo que irá solo, ¿no?

—Yo no me confiaría —dijo El Ahumado.

Intentaba decirme que estaba de mi lado para que me olvidara de la partida de billar.

—Si va a aparecer con su pandilla, yo también llevaré a la mía.

No me daba miedo pelear con Biff, pero tampoco tenía ganas de quedar como un imbécil.

—De acuerdo, pero ya sabes cómo terminará eso —dijo Steve, metiéndose a opinar—. Todo el mundo acabará peleándose. Si él lleva a su gente, y tú llevas a la tuya...

Steve siempre era muy prudente para todo.

—Si crees que voy a ir solo a ese baldío —le dije—, estás loco.

—Pero...

—Mira, hermano, Biff y yo arreglaremos esto solos. Ustedes sólo irán de espectadores, ¿de acuerdo? No pasará nada porque haya espectadores.

—Sabes muy bien que la cosa no va a acabar así.

Steve tenía catorce años, como yo. Aparentaba doce. Y actuaba como si tuviera cuarenta. A pesar de todo, era mi mejor amigo, por eso podía decir cosas que otros hubieran pagado muy caro.

—Maldita sea, Rusty James, hacía mucho tiempo que no nos metíamos en un lío como éste.

Tenía miedo de que se convirtiera en una pelea entre dos pandillas. Hacía años que no había habido por allí una auténtica pelea en forma. Que yo supiera, Steve nunca

había participado en ninguna. Nunca he podido entender que la gente tenga miedo de cosas de las que no sabe nada.

—No tienes que aparecerte por allí —le dije.

Todos los demás tenían que ir para no perder su buena fama. Steve no tenía fama de nada. Era mi mejor amigo. Con eso bastaba.

—Sabes que voy a ir —me dijo enfadado—. Pero ya sabes lo que el Chico de la Moto opina de las pandillas...

—Pero ahora no está aquí —le contesté—. Hace dos semanas que no aparece, así que mejor no me hables del Chico de la Moto.

B. J. intervino:

—Pero ni siquiera nos peleamos con la banda de Biff cuando andábamos por ahí buscando bronca. Eran nuestros aliados. Acuérdense de cuando se fueron contra Wilson en el territorio de los Tigres.

Y ahí empezó una discusión sobre contra quién habían ido, cuándo, dónde y por qué. A mí no me hacía falta pensar en eso; de cualquier forma recordaba perfectamente todas esas historias. Pero necesitaba pensar cómo iba a enfrentarme con Biff, así que no estaba muy atento cuando alguien dijo:

—De todas maneras, cuando el Chico de la Moto regrese...

Pegué un salto y estrellé mi puño en la mesa con tanta fuerza que la de al lado tembló, y Benny dejó de silbar y de preparar su sándwich. Todos los demás se quedaron sentados, como conteniendo la respiración.

—El Chico de la Moto no ha regresado —dije.

No veo nada claro cuando me enojo. Me temblaba la voz.

—No sé cuándo va a regresar, si es que vuelve. Así que, si quieren pasarse el resto de su vida esperando a ver qué dice, a mí me parece de puta madre. Pero yo voy a machacarle las tripas a Biff Wilcox esta noche, y me parece que debería llevar a algunos amigos.

—Allí estaremos —dijo El Ahumado; me miraba con sus ojos raros y descoloridos, de los que le venía el apodo—. Pero vamos a intentar que la cosa se quede entre ustedes dos, ¿de acuerdo?

Yo estaba demasiado enojado para responder. Salí dando un portazo. Como a los cinco segundos oí pasos detrás de mí y ni siquiera me di la vuelta, porque estaba seguro de que era Steve.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó.

—Dame un cigarrillo.

—Ya sabes que nunca tengo.

—Es verdad. Lo olvidé.

Me puse a buscar y encontré uno en el bolsillo de mi camisa.

—¿Cuál es el problema? —me preguntó Steve otra vez.

—Ninguno.

—¿Que el Chico de la Moto no esté aquí?

—No empieces a molestar.

Se quedó callado un rato. Una vez me había estado molestando cuando no debía, y yo lo había dejado sin aire de un puñetazo. Luego lo lamenté mucho, pero yo no tuve la culpa. Él debería haber sabido que no se me puede importunar cuando me enojo.

—Espera un poco, ¿de acuerdo? —dijo al final—. Me vas a dejar sin piernas.

Me paré. Estábamos en el puente, justo donde el Chico de la Moto solía detenerse a mirar el agua. Tiré la colilla al río. Estaba tan lleno de mierda que un poco más no le haría daño.

—Has estado haciendo cosas raras todo el tiempo, desde que se fue el Chico de la Moto.

—Ya se ha ido otras veces —le dije.

Me enojo enseguida, pero también se me pasa rápido.

—Tanto tiempo, no.

—Dos semanas. No es mucho tiempo.

—A lo mejor se fue para siempre.

—Ya párale, ¿sí?

Cerré los ojos. La noche anterior había andado por ahí hasta las cuatro y estaba un poco cansado.

—Este barrio es una mierda —dijo Steve de repente.

—Tampoco son los bajos fondos —le contesté sin abrir los ojos—. Hay sitios peores.

—No dije que fueran los bajos fondos, sino que es una mierda. Y lo es.

—Si no te gusta, cámbiate.

—Lo haré. Algún día lo haré.

Me harté de escucharlo. No creo que pensar en el futuro sirva de algo.

—Tienes que afrontar que el Chico de la Moto podría haberse ido para siempre.

—No tengo que afrontar nada —le dije sin ganas.

Suspiró y se quedó mirando el río.

Una vez vi un conejo en un zoológico. Mi papá me llevó en autobús hace mucho tiempo. Me encantó aquel zoológico. Otra día intenté ir solo, pero era pequeño y me perdí cuando tuve que cambiar de autobús. Después nunca traté de volver. Pero me acordaba muy bien de él. Los animales me recuerdan a las personas. Steve parecía un conejo. Tenía el cabello rubio oscuro, los ojos muy castaños, y auténtica cara de conejo. Era más listo que yo. Yo nunca he sido especialmente listo. Pero me las ingenio.

Me preguntaba por qué Steve era mi mejor amigo. Le permitía andar con nosotros, mantenía a raya a los demás para que no le pegaran y escuchaba todos sus problemas. ¡Dios, cómo se preocupaba aquel chico por cualquier cosa! Hacía todo eso por él, y a veces él me resolvía los problemas de matemáticas y me dejaba copiar las cosas de historia, así que nunca reprobé un curso. Pero a mí me tenía sin cuidado reprobear, así que no era mi mejor amigo por eso. A lo mejor era porque lo conocía desde hacía más tiempo que a cualquiera que no fuera mi pariente. Para ser un tipo duro, yo tenía la fea costumbre de dejarme engatusar por los demás.